II

Los amores de Julián

Al día siguiente, en la oficina, la novedad del día era que la señorita Teresa de Marsanne había vuelto del convento, y Julián se guardó muy bien de descubrir que él la había visto con la cabellera suelta sobre su cuello desnudo. Sin saber por qué, sentíase inquietado por un sentimiento de animadversión hacia aquella mujer que venía á perturbar sus costumbres.

Aquellas ventanas, que ya se figuraba estar siempre viendo con las persianas abiertas, le parecían cosa horrible. Hubiera deseado que, al menos allí dentro, hubiese habido un hombre en vez de una mujer, porque éstas, generalmente, son más propensas á la burla. ¿Cómo se atrevería en adelante á tocar la flauta oyéndole una señorita que debía ser inteligente en música? Por la noche, como fruto de largas reflexiones, concluyó por convencerse de que detestaba á Teresa.

Aquella tarde entró furtivamente en casa, y se guardó muy bien de encender luz; de esta manera no le notarían desde la ventana de enfrente; llevaba el propósito de acostarse en seguida para tra-

tar de dominar su mal humor; pero no pudo resistir la curiosidad de saber qué es lo que pasaba tras la ventana de la casa vecina. La ventana permanecía cerrada. Hacia las diez, pudo distinguir una débil claridad á través de las persianas; luego, aquella claridad se extinguió, y la ventana volvió á quedar en la obscuridad.

Desde aquel día, Julián, aun á pesar suyo, espiaba el hotel como en aquellos primeros tiempos en que trataba de descubrir los misterios de las mudas piedras del palacio. Sin embargo, nada parecía cambiado: la mansión seguía durmiendo un sueño profundo. Julián afinaba la vista y aguzaba el oído para sorprender algo de la nueva vida. De vez en cuando, se veía correr alguna luz detrás de las cristales, y un extremo levantado de los cortinajes dejaba entrever el interior de grandes habitaciones; otras veces se oía el rumor de pasos que cruzaban el jardín, ó la música lejana de un piano acompañando una voz, mientras que el conjunto de ruídos vagos é indeterminados parecían denunciar en la antigua vivienda la influencia de sangre joven. Julián trataba de explicarse su propia curiosidad por el disgusto que le producían todas aquellas novedades. ¡Cómo se acordaba de los tiempos felices en que el palacio vacío le devolvía

los ecos de la música melodiosa de su flauta!

Uno de sus más ardientes deseos era conocer á Teresa. Él se la imaginaba con la cara sonrosada, el aire burlón y los ojos brillantes. Peró como no se atrevía á asomarse á la ventana durante el día, no podía más que columbrarla alguna noche medio envuelta por la sombra.

Una mañana, en el momento que salió á bajar las persianas para resguardarse del calor, distinguió á Teresa, de pie, en medio de su habitación; á su vista, quedó clavado sin atreverse á hacer el menor movimiento. La presencia de aquella mujer, con su aspecto altivo, sus mejillas pálidas y sus facciones regulares y bellas, infundió en Julián una especie de pavor inexplicable, mientras pensaba que era muy diferente de como se la había imaginado. Llamábanle sobre todo la atención su boca, un poco grande y de un color vivo; y sus ojos negros, profundos y fríos, que la daban al aspecto de una reina cruel. Pausadamente, Teresa se aproximó á la ventana, pero sin fijar la atención en su vecino, como si éste hubiese estado muy lejos. Después desapareció, dejando al pobre mozo medio anonadado al sentirse débil como un niño ante la arrogante presencia de aquella mujer, á quien temía mucho más desde que la había contemplado á la luz del día.

Ahora comenzaba para Julián una existencia miserable; aquella hermosa mujer, tan altiva y tan grave, que vivía frente á él, le desesperaba por completo. Ella no le miraría nunca, y viviría siempre sin conocer su existencia. Y, sin embargo, no se preocupaba menos de que algún día se fijase en él, encontrándole completamente ridículo. Su timidez maldita le hacía creer que sus actos serían espiados y objeto de la chacota y de la burla de la aristocrática señora, y así entraba en su casa, con la cabeza baja, procurando esquivar las miradas de todos.

Después, al cabo de algún tiempo, Julián comenzó á lamentar la indiferencia de la dama. ¿Por qué no había de mirarle nunca? La veía aparecer en la ventana, desde donde tendía la mirada vaga de sus ojos negros por la plaza solitaria, sin advertir que la estaban contemplando con ansiedad indescriptible desde la casa vecina. Y de la misma manera que antes había temblado ante la idea de ser notado, sentía ahora vivísimos deseos de que aquellos ojos negros se fijasen en él. Aquella mujer ocupaba, en fin, todas las horas de su existencia.

Por las mañanas, Julián, tan exacto en el cumplimiento de su deber, olvidaba la hora de entrar en su oficina, espe-

rando que Teresa se levantase; y oculto tras de su cortina, sintiendo el pavor que le producían siempre la cara pálida y los labios rojos de su adorada, pavor delicioso, suave y enervante, notaba que sus piernas vacilaban como después de una marcha prolongada, y soñaba que al fin ella le miraría de pronto sonriente, alejando de su ánimo todo temor.

Luego tuvo la idea de cautivarla con la ayuda de su flauta. Tocaba todas las noches dejando abiertas sus ventanas, y lanzando á la obscuridad los aires más escogidos de su antiguo repertorio.

Prefería siempre las noches sin luna, porque entonces la plaza estaba completamente á obscuras, y no se sabía de donde provenían aquellas melancólicas notas que pasaban rozando los edificios dormidos, como las alas de un pájaro nocturno.

Desde la primera noche, sintió la emoción de ver á Teresa, que, vestida de blanco, antes de acostarse, se apoyaba en la ventana como investigando de dónde podría venir aquella música que ya había escuchado el día de su llegada.

—Oye, Francisca—decía Teresa volviéndose hacia el interior de la habitación—eso no es un pájaro.

—¡Bah!—respondió una voz grave de mujer, que apenas se distinguía en l sombra de la habitación.—Algún come-

diante que se distrae allá á lo lejos, en los arrabales.

—Sí, muy lejos—repetía la joven agitando en la obscuridad de la noche sus brazos desnudos.

Desde entonces, cada noche Julián hacía sonar su flauta con más fuerza, transmitiendo la fiebre que le devoraba al viejo instrumento de madera amarilla.

Teresa escuchaba todas las noches aquella música de notas vibrantes, que sentía pasar por encima de los edificios hasta llegar á su ventana, como si á ella fuese dedicada la serenata. Una noche oyó la música tan cerca, que la creyó saliendo de una de aquellas casas de la plaza. Julián tocaba con toda la fuerza de su pasión. Su flauta vibraba como si fuese de cristal. La obscuridad alentaba al enamorado joven, que esperaba atraerse el cariño de su adorada con los encantos de su música. Y en efecto, Teresa parecía como atraída y dominada.

—Retiráos, señorita—se oyó decir en el interior;—la noche está fresca.

Aquella noche, Julián no pudo dormir. Se imaginaba que Teresa le había adivinado, quizás le había visto. Y se revolvía en su lecho, preguntándose si haría bien en no mostrarse al día siguiente. Ciertamente, sería ridículo que él se ocultase más. Por tanto, concluyó por prometerse que no seguirían aquellas veladas.

Y así estaba á la mañana siguiente á las seis delante de su ventana, ocupándose en guardar la vieja flauta en su estuche, cuando se abrieron bruscamente las ventanas de Teresa. Jamás se levantaba ésta antes de las ocho; y aquella mañana aparecía tan á deshora, resaltando su hermosura el blanco peinador que la cubría y la espléndida cabellera suelta sobre las espaldas.

Quedó Julián mirándola con aire de idiota, la cabeza levantada y sin poder hacer un movimiento, mientras sus manos torpes trataban inútilmente de desmontar su flauta.

Teresa, entre tanto, lo examinaba con una atención insistente, con mirada fija y soberana, que parecía estudiar la osamenta desgarbada de aquél cuerpo enorme y mal bosquejado, con todas las fealdades de un tímido gigante. No era aquella terrible Teresa, con sus facciones pálidas, sus ojos negros y sus labios rojos, la dama enamorada con quien Julián había soñado la víspera.

Después que lo hubo examinado detenidamente, Teresa, con la exactitud indiferente que hubiera podido mostrar si se tratase de un perro, pareció dictar su fallo con una ligera mueca. Luego volvió la espalda, y muy despacio cerró la ventana.

Julián, con las piernas vacilantes, se

dejó caer en su butaca, dejando escapar de su pecho entrecortadas frases.

—¡Ah, Dios mío! Me desprecia... ¡Y yo que la amo... que quiero morir por ella!...

Y comenzó á sollozar con la cabeza entre las manos. ¿Por qué había tenido la mala idea de presentarse á su vista? Cuando uno tiene la mala suerte de su figura ridícula, lo natural es que sirva para ahuyentar las mujeres. Y se golpeaba, furioso de su fealdad. ¿Por qué no había continuado tocando la flauta en las sombras de la noche como el pájaro nocturno que seduce los corazones con su canto sin salir jamás á la luz del sol? Hubiera sido para ella una música deliciosa, y le hubiese adorado sin conocerle como á un príncipe encantado venido de lejos á morir de amor debajo de sus ventanas.

Pero él, imbécil y brutal, había roto el encanto, haciendo ver su repulsivo aspecto de buey cansino. ¿Cómo iba ya á apreciar las delicadezas de su música?

Y en efecto; en vano fué que hiciese vibrar al aire los más delicados registros de su flauta en las noches sucesivas. Teresa no le escuchaba poco ni mucho; se la veía ir y venir por el interior de su habitación y ponerse de pechos en la ventana, indiferente á las humildes notas que allá enfrente le hablaban de un amor apasionado. Un día se le oyó gritar:

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
MONTERREY, MEXICO

—¡Por Dios, qué cargante es la música de esa flauta desafinada!

Desde entonces, Julián tiró la flauta al fondo de su cajón, y no volvió á tocar más.

Inquietábale el descaro del raquítico Colombel, á quien varias veces había visto en la calle, mofándose de su facha con risas mortificantes. Sabía Julián que el escribiente del notario entraba en casa de los Marsanne, y esto le oprimía el corazón, no porque tuviese celos de semejante engendro, sino porque, envidioso, hubiese dado toda su sangre por estar una hora en su lugar. Francisca, la madre de Colombel, llevaba ya muchos años en la casa, estando ahora al servicio de Teresa, después de haber sido su nodriza. La noble señorita y el escribiente plebeyo, habían crecido juntos. Y parecía natural que conservasen algo de sus antiguas amistades. Así es que Julián sufría horriblemente cuando encontraba á Colombel en las calles con su sonrisa burlona estereotipada en los labios, y sobre todo, cuando advirtió que el raquítico mozalvete no tenía nada de repulsivo en sus facciones regulares, con su cabeza redonda de gato, con su cara algo diabólica, sus ojos verdes y su ligera barba muy cuidadosamente rizada.

¡Ah! si lo hubiese cogido ahora en algún rincón de las murallas, como le hu-

biera hecho pagar á buen precio la felicidad de entrar en casa de Teresa!

Pasó un año; Julián era desgraciado, no viviendo más que por Teresa: su corazón estaba en el interior de aquel frío palacio, enfrente del cual se moría de

¡Por Dios, qué cargante es la música de esa flauta desafinada!

amor y de tristeza. En cuanto podía disponer de un momento, abría su ventana para contemplar la casa de sus sueños, y permanecía largas horas con los ojos clavados en aquellos muros, de los cuales había examinado hasta las menores man-

chas del musgo que los cubría. En cambio, á pesar de los muchos meses que llevaba abriendo los ojos y aplicando las orejas, no había podido descubrir nada de la vida interior de aquella majestuosa mansión. Hasta él llegaban ecos perdidos de vagos rumores que podían ser lo mismo de duelos que de alegrías. La vida estaba á la otra parte del palacio, y él se lo imaginaba según el estado triste ó alegre de su ánimo, fantaseando sobre los juegos ruidosos de Teresa y de Colombel, ó sobre los tranquilos paseos de la joven bajo los frondosos castaños de Indias; ó ya la contemplaba radiante de hermosura en los brazos de sus adoradores, entregándose á los placeres del baile ó sufriendo las mayores desesperaciones que la recluían en las habitaciones más retiradas de la casa; otras veces se figuraba ver al marqués y á la marquesa corriendo cautelosos con paso de ratón sobre el césped de su parque. La realidad era que ante sí no tenía más que la ventana de Teresa como brecha abierta en un muro misterioso. Todos los días aparecía la hermosa joven, muda como las piedras, sin que jamás su presencia anunciase la menor esperanza. Su pensamiento estaba bien lejos del desdichado vecino.

Las horas venturosas de Julián eran aquellas en que la ventana de enfrente permanecía abierta. Entonces podía exa-

minar, en ausencia de la señora, los rincones de su estancia.

Descubrió al cabo de algún tiempo que la cama estaba á la izquierda, en el fondo de una alcoba cubierta con cortinas de seda color de rosa. Después al cabo de otro tiempo de investigación, pudo distinguir que frente á la cama había una cómoda estilo Luis XV, con un gran espejo encima, encuadrado en un marco de porcelana. Enfrente se descubría la chimenea de mármol blanco. Todo aquello era el paraíso soñado.

Los amores de Julián no se manifestaban sin grandes luchas. A temporadas permanecía oculto, avergonzado de su fealdad. Pero otras veces tenía violentas crisis de rabia, que le ponían en la necesidad de mostrar sus desmadejados miembros y su cara estúpida, abotargada por la fiebre. Entonces pasaba semanas enteras asomado á su ventana, lanzando miradas insistentes al palacio de enfrente y arrojando con los dedos besos apasionados con la brutalidad y el descoco de los hombres tímidos, enloquecidos por la audacia.

Teresa permanecía siempre lo mismo, sin alterarse por los cambios de su vecino. Cuando éste permanecía escondido, la venía ir y venir por su habitación con su aire majestuoso, que cambiaba por otro más altivo é indiferente en los días exaltados de Julián. Jamás la sor-

prendió en un momento de abandono. Cuando por acaso se encontraban sus miradas, ella, completamente tranquila, no se daba ninguna prisa en volver la cabeza. Cuando Julián oía decir en su oficina que la señorita Marsanne era muy piadosa y muy buena, él protestaba violentemente en su interior. ¡No, no! aquella era una mujer despiadada, sin religión; gustaba de la sangre, porque de sangre estaban llenos sus labios rojos, y la palidez de su semblante provenía de su menosprecio del mundo!... Después se lamentaba, llorando de haberla insultado, y la pedía perdón como si fuese un ángel puro de blancas alas.

Durante un año seguido, los días sucedieron á los días, sin que ocurriese ninguna novedad. A la entrada del verano, Julián creyó notar algún cambio en su vecindad. Las cosas sucedían como de ordinario; las persianas se corrían por la mañana y se cerraban por la tarde, como siempre, y como siempre se sucedían las apariciones diarias de Teresa en la ventana. Pero la joven parecía más pálida y preocupada, y diríase que algo de extraordinario flotaba sobre la habitación misteriosa. Un día de fiebre, en que Julián dirigió á su adorada un beso apasionado con la punta de sus dedos, Teresa le miró fijamente con su gravedad emocionante y sin apartarse de la

ventana, haciendo retirar al pobre mozo enrojecido de vergüenza.

Una sola novedad ocurrió, luego, allá al finalizar el verano, bien que la cosa no podía ser al parecer más inocente.

Una tarde, al anochecer, la ventana de Teresa, entreabierta como todos los días, á aquella hora se cerró violentamente con un crujir estrepitoso de todos sus hierros, cristales y maderas. Sin saber por qué, Julián sintió estremecerse todo su cuerpo, y el corazón se le llenó de angustia con la sorpresa de aquel estrépito. Después de la brutal conmoción, el palacio quedó sumido en un silencio de muerte, que infundía pavor en el ánimo de Julián. Por mucho tiempo no pudo adivinar cuál fuese el brazo que cerró la ventana con aquella violencia; pero otro día distinguió las delicadas manos de Teresa, doblando la falleba con vehemencia furiosa. Uno hora más tarde, Teresa abrió la ventana tranquilamente, en actitud bien distinta á la mostrada al cerrarla; después se dirigió al interior de su habitación, entregándose con la mayor actividad á sus fútiles quehaceres. Julián en tanto, permanecía enfrente, con la cabeza derecha, y el estrépido de la ventana, al cerrarse, escarabajeándole dentro de los oidos.

Una tarde triste de otoño, de un tiempo frío y lluvioso, los hierros de la ventana de Teresa crujieron de manera

terrible. Julián no pudo contener las lágrimas involuntarias que se escaparon de sus ojos, fijos en aquel lúgubre palacio que ya el crepúsculo envolvía entre las sombras. Por la tarde había llovido, y los castaños de las Indias, medio despojados, exhalaban ese olor acre, característico de la humedad.

Julián esperaba que se abriese la ventana.

Y se abrió de un golpe, tan violentamente como se había cerrado, apareciendo Teresa más pálida que de costumbre, con los ojos desmesuradamente abiertos y los cabellos tendidos sobre el cuello.

Arrogante en medio de la ventana, llevó sus dedos á sus rojos labios, y envió un beso á Julián.

Este, desconcertado, se llevó las manos al pecho, como interrogando si aquel beso había sido dirigido á él.

Entonces Teresa, aproximándose más á la ventana, apoyó los dedos de sus dos manos en su fresca boca, y envió á Julián un segundo beso, y luego un tercero.

Julián permanecía entontecido con la boca abierta, dudando de lo que veía.

El crepúsculo era claro, y la figura excitante de Tesesa se destacaba perfectamente en el cuadro sombrío de la ventana.

Pensaba Julián en su extraordinaria ventura, cuando oyó que Tesesa, investigando rápidamente la plaza, le decía con voz baja:

—Venid.

Y fué. Se aproximó al hotel, y levantando la cabeza, vió que la vetusta puerta de la escalinata, cubierta de musgo por la acción del tiempo, se abría cuidadosamente, por primera vez quizás después de medio siglo. Dominado por el estupor, y sin tiempo para reflexionar, Julián sintió el contacto de una mano fría que le guiaba. Subieron al primer piso, pasaron luego un corredor, y atravesando una antesala, se encontró Julián en una habitación para él bien conocida. Era su soñado paraíso, la habitación encantadora de los cortinajes de seda rosa: Julián sintióse desvanecer, presa de una dulzura interior inexplicable, que le impulsaba á ponerse de rodillas ante aquella hermosa mujer que tenía delante, toda erguida, con las manos entrelazadas fuertemente.

—Usted me ama, ¿no es verdad?—preguntó Teresa en voz muy baja.

—¡Oh, sí sí!—balbuceó Julián.

Teresa le interrumpió con un gesto, como ordenándole que evitara palabras inútiles. Y luego, con acento tranquilo, como si se tratase de las palabras más castas y naturales, exclamó:

—Si yo me entregase á usted haría por mí todo lo que yo ordenase, ¿no es cierto?

Julián no podía responder; embargado por la emoción, con las manos juntas y la mirada extraviada, bien daba á entender que por un solo beso se hubiera vendido por completo.

—¡Pues bien! — continuó Teresa, — Necesito que me preste usted un servicio.

Y como Julián permaneciese inmóvil, sin atreverse á pronunciar palabra, prosiguió Teresa, sintiendo que sus fuerzas le abandonaban.

—Jure usted que me obedecerá...

—¡Oh! lo juro... soy vuestro en absoluto—exclamó Julián.

La fragancia que se respiraba en aquella habitación embriagaba al pobre mozo, dominado por una especie de éxtasis beatífico, mientras su pensamiento, transpasando los recios cortinones de seda rosa, se detenían en el lecho virgen de la alcoba.

De pronto, con un movimiento rápido, Teresa descorrió las cortinas y mostró la alcoba mal alumbrada con la débil luz crepuscular.

La cama estaba en el mayor desorden, con las cubiertas revueltas, las almohadas por el suelo y las blondas de las sábanas medio estrujadas bajo el cuerpo rígido de un hombre tendido de bruces y con los pies descalzos.

—Vea usted ese hombre...—murmuró Teresa con la voz enronquecida...—

¡Era mi amante!... Yo le empujé y cayó, sin saber cómo... En fin, está muerto... Es preciso que lo saque usted de aquí... ¿Ha comprendido usted?... ¡Eso es todo, eso es todo!

III

El crímen

De pequeña, tuvo Teresa de Marsenne á Colombel para entretenimiento de sus ocios: era aquél seis meses mayor que ella, y su madre Francisca había tenido que criarlo con biberón.

Teresa era una criatura incomprensible y un caracter muy violento. Y no es que se mostrase mal educada y dominante: antes por el contrario, á presencia de las visitas de la casa se conducía con una voluntad impropia de sus años, que le hacía pasar por una joven formal, excelentemente educada. Pero á lo mejor manifestaba extravagancias incomprensibles. A veces, estando sola, prorrumpía de pronto en gritos estridentes é inarticulados.

Otras veces se tumbaba de espaldas en medio de uno de los andenes del jardín, donde permanecía largos ratos, obstinándose en no levantarse, á pesar de los castigos que frecuentemente se le imponían. Jamás se sabía lo que pensaba. No brillaban sus rasgados ojos ne-